

Robert Bloch

**El horror que nos
acecha**



Hasta la mañana del quinto día de viaje por el Pacífico, el espíritu de Keith estuvo en calma. Hasta que Abbott llamó a la puerta de su camarote y le pidió que saliera a cubierta. La vista que se presentó ante sus ojos le dejó sin habla. Temblando, miró hacia lo que había en el mar, en el lado de estribor. Aquello le era espantosamente familiar y, por un momento, pensó que se trataba de una alucinación. Entonces se dio cuenta de que lo que estaba viendo había sido descrito por Lovecraft: la cúspide de una solitaria y lodosa montaña, emergiendo de la profundidad del océano, sobre la cual se elevaba una maciza construcción de albañilería que acompañaba a un monolito formado por gigantescos bloques de piedras cubiertos por verdoso limo. Aquello era R'lyeh, y era real.

Ahora, por fin, Keith creyó, porque allí, ante él, estaba la evidencia indiscutible, la evidencia en una forma más aterradora que la expresada en palabras o la imaginada en pesadillas. Al contemplar aquel horror de las profundidades, comprendió su poder: el poder de hacerse presente en los sueños de los hombres. Lovecraft lo había visto en la realidad hace mucho tiempo y, por medio de sus relatos, trató de advertirnoslo. Robert Bloch es un escritor prolífico, cuyos relatos cortos y artículos, que sobrepasan el número de cuatrocientos hasta ahora, se han publicado en *Playboy*, *Hitchcock's Mystery Magazine*, *Ellery Queen's Mystery Magazine* y otras revistas. Cuenta en su haber con nueve guiones para el cine, quince para la televisión y varias novelas entre las que se incluyen *Psicosis (Psycho)* y, recientemente, *Psicosis 2*. En los comienzos de su carrera fue protegido por Lovecraft, y en los años 50 era el miembro más joven del tan nombrado «Lovecraft Circle». *El horror que nos acecha*, basada en temas lovecraftianos, es un homenaje al maestro.

Los hombres llaman Ciencia a lo que conocen
y Magia a lo que todavía no han aprendido
Pero ambas son reales.

Este libro está dedicado a LOVECRAFT,
que se consagró a otros extraños
y les dio una llave de plata.

I. AHORA

Albert Keith no creía en el amor a primera vista hasta que vio el retrato.

No era precisamente una cara bonita. La verdad es que las facciones eran algo caninas; feroces ojos rojizos, un hocico aplastado como nariz, labios verrugosos y espumeantes, y orejas puntiagudas. El cuerpo, cubierto por una capa de polvo, se inclinaba hacia delante, y era sólo vagamente humanoide... Las extremidades superiores terminaban en una garra huesuda cubierta de escamas y los pies formaban una especie de pezuña.

La criatura del cuadro era gigantesca, y la figura del hombre que sostenía entre sus garras, en comparación, parecía pequeña. A pesar del polvo, Keith advirtió inmediatamente que la cabeza del hombre había sido mordida.

Allí de pie, en la semioscuridad de aquel sucio cuarto trasero de la pequeña tienda de la calle South Alvarado, Keith empezó a temblar.

Durante unos instantes trató de analizar la causa de su reacción. No era miedo... Aunque aquel enorme cuadro, apoyado contra la pared, era realmente aterrador. Había sucumbido al síndrome del coleccionista, temblando de ansiedad al comprender que debía adquirir la pintura, a cualquier precio.

El propietario de la tienda se encontraba tras él. Keith se volvió y lo miró.

—¿Cuánto? —murmuró.

El hombre, bajo y rechoncho, se encogió de hombros.

—Se lo dejo por quinientos.

—¿Quinientos dólares?

El rostro del comerciante permanecía inalterable.

—Mire el tamaño que tiene. Si lo limpiara bien y le pusiera un marco lujoso, como mínimo sacaría uno de los grandes.

—¿Por esto?

Keith se mostró en desacuerdo pero el comerciante no vaciló; su cara era la de un profesional del póquer, un hombre que durante años había practicado el mismo juego con los clientes.

—Seguramente el cuadro es bastante extraño, pero debería ver a algunos de los tipos que vienen por aquí. Todo lo que tengo que hacer es colocarlo en el escaparate y se abalanzarán sobre él —¡zas!— tal como le digo. Esos homosexuales que vienen de las galerías de arte de La Ciénaga están siempre merodeando en busca de algún objeto extravagante. Si lo vieran se volverían locos.

Keith no quitaba la vista del cuadro. Realmente era enloquecedor. La obra tenía fuerza. Era una obra maestra, superior a cualquiera de ese tema.

—¿De quién es? —preguntó.

El hombrecillo movió la cabeza.

—No tengo la menor idea. No está firmado.

Miró a Keith de soslayo.

—Tengo el presentimiento de que podría ser la obra de un gran artista que no quiso firmar un trabajo tan inconformista como éste. A lo mejor vale una fortuna.

—¿De dónde lo sacó?

—Formaba parte de un lote completo. Una subasta de un almacén del este. Vendieron el local y querían deshacerse de toda la mercancía. Algunas cosas debían llevar allí cuarenta o cincuenta años. Compré cajas de libros y cartas que todavía no he podido examinar.

—¿Alguna otra pintura?

—No, ésta era la única.

El comerciante dirigió la mirada hacia el cuadro y asintió con la cabeza.

—¿Sabe? Pensándolo bien, quizá debería hacer lo que dije. Limpiarlo, ponerle un marco y colocarlo en el escape-rate...

Keith miraba el cuadro: la enorme figura perruna se inclinaba hacia él y, por un momento, tuvo la absurda idea de que le estaba escuchando, esperando que le hablara. Sus ojos preguntaban, después ordenaban.

—Le daré los quinientos —dijo Keith.

El comerciante volvió la cabeza disimulando su satisfacción, al ver a Keith con el talonario y buscando torpemente un bolígrafo.

—¿A favor de quién lo extiendo?

—Santiago. Felipe Santiago.

Keith asintió, extendió el cheque y, arrancándolo del talonario, se lo entregó.

—Aquí tiene. ¿Necesita el Documento de Identidad?

—No, está conforme.

El hombrecillo levantó el cuadro.

—¿Dónde tiene el coche?

—Allí enfrente.

Fuera, sobre la acera, donde estaba aparcado el viejo Volvo de Keith, hubieron problemas de logística. El cuadro era demasiado grande para entrar en el maletero. Hicieron falta dos hombres para lograr introducirlo a través de la puerta. Finalmente, quedó sobre el suelo, apoyado en el asiento trasero. Allí asomaba mirando de reojo.

De camino hacia casa, al atardecer, Keith veía aquellos ojos rojos mirándole ferozmente a través del espejo retrovisor.

Esa noche, los ojos de la criatura perruna observaban a Keith reflejando el fuego de la chimenea. Había colocado el cuadro sobre una gran mesa en su habitación de trabajo y parecía adaptarse extrañamente a aquel ambiente. La luz

del fuego oscilaba sobre la gigantesca figura y las máscaras de la tribu Ibo colgadas en la pared. Bailaba sobre las figurillas de jade y marfil alineadas en la estantería de una vitrina china. De la repisa de la chimenea colgaba una cabeza que, movida por la corriente de aire que ascendía por el tiro, parecía inclinarse en una reverencia. Keith no estaba seguro de que aquella figura fuera auténtica, pero aquel hombre del Ecuador había jurado que era una cabeza de Jíbaro genuina y que había pagado una pequeña fortuna por ella.

La pintura, sin embargo, sí parecía auténtica y el comerciante no había mentido sobre su edad. La capa de mugre y suciedad que cubría toda la superficie, desde luego habría necesitado décadas para acumularse. Y ahora, antes de pensar en enmarcarla y colgarla, debía dedicarse a la limpieza.

Existían líquidos y productos para ese cometido, pero Keith había aprendido por experiencia propia que el mejor método era agua y un jabón corriente.

Pacientemente empezó a trabajar, usando un trapo de franela y frotando con cuidado.

Poco a poco aparecía una superficie nacarada y brillante, y la criatura inclinada emergía en un destacado relieve sobre un fondo de sombras. El color de la piel se convertía en una mezcla de pálidos ocres y verdes, y los ojos destellaban con una intensidad nueva. Se descubrían detalles hasta el momento ocultos; unos diminutos ácaros negros adheridos a los velludos antebrazos, fragmentos de *husnea humana* en la superficie de la cabeza de la víctima y pequeños trozos de carne entre los devoradores colmillos.

—¡Dios mío!

Keith se volvió sobresaltado por el sonido de una voz estridente.

—Waverly —dijo—. ¿Cómo has entrado aquí?

Era un hombre alto, con barba. Se dirigió hacia él sonriendo. Al menos sonreía, pensó Keith, aunque la barba y las gafas oscuras casi ocultaban su expresión.

—Como se suele entrar —contestó Simon Waverly moviendo la cabeza—. Deberías aprender a cerrar la puerta. Y arreglar ese timbre. He estado llamando durante más de cinco minutos.

—Perdona. No te oí.

Keith le enseñó la palangana sobre la mesa llena de agua jabonosa.

—Como te dije por teléfono estoy limpiando un necrófago. Es un necrófago, ¿verdad?

Su amigo miró curiosamente el cuadro a través de los oscuros cristales de las gafas, después dejó escapar un silbido de sorpresa.

—No es *un* necrófago —dijo—. Es *el* necrófago. ¿Sabes qué has comprado? *El modelo de Pickman*.

—¿Qué?

Simon Waverly asintió con la cabeza.

—¿No te acuerdas?... Pickman, el artista excéntrico que hizo todas esas pinturas extrañas de demonios desenterrando las tumbas de los cementerios de Boston y saliendo por agujeros para atacar a la gente en los túneles del metro. Finalmente desapareció y un amigo suyo encontró un cuadro en su sótano, un gran retrato de una cosa como ésta. Junto con el cuadro había otro que representaba la misma criatura. Pero no era un dibujo... Era un retrato del natural.

—¿De dónde has sacado esa absurda idea?

—Lovecraft.

—¿Quién?

Las gafas oscuras de Waverly ocultaron su sorpresa.

—¿Quieres decir que no sabes quién es H. P. Lovecraft?

—Nunca he oído hablar de él.

—¡Caramba! ¿Quién lo hubiera creído? —dijo Waverly suspirando—. Olvidaba que eres un lector poco aficionado

a la fantasía. Me desconcierta, conociendo tu gusto por lo morboso.

—Soy un coleccionista, no un bibliófilo —dijo Keith.

—Es decir, que tienes el dinero suficiente para comprar las cosas que nosotros, pobres miserables, tenemos que contentarnos con leer.

Waverly rió entre dientes.

—Al menos, por tu afición a lo misterioso y sobrenatural deberías estar al corriente de quién es Howard Phillips Lovecraft. Da la casualidad de que es uno de los más grandes escritores modernos de terror, y *El Modelo de Pickman* es uno de sus mejores relatos. Por lo menos yo siempre pensé que lo era —dijo Waverly con su suave voz—. Pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que aquella fuera una historia de ficción.

Waverly miró otra vez al cuadro.

—Juraría que esta es la pintura tal como él la describió. Realmente alguien ha trabajado para reproducir lo que Lovecraft había narrado... Un verdadero trabajo de amor, aunque ese no sea el *nombre apropiado*, ¿verdad?

Waverly rió entre dientes.

—Los artistas se inspiran en los sitios más abominables, pero este supera cualquier cosa que me haya podido topar. ¿Quién lo hizo?

—No sé —dijo Keith—. No está firmado.

—Es un trabajo magnífico —dijo Waverly señalando al cuadro—. La forma en que se matizan los colores de la carne...

Keith cogió el trapo y empezó a limpiar la base del cuadro con movimientos circulares.

—Estará todavía mejor cuando termine de quitarle la suciedad. Mira cómo brillan esas pezuñas. Antes no había reparado en ellas. Y el primer plano también destaca. Ya no está todo entre sombras, puedes ver la...

—¿Ver qué?

—¡Waverly, mira esto! Hay una firma, aquí en la esquina, a la izquierda.

Waverly miraba, negando con la cabeza.

—No lo veo. Malditas gafas... Desde la operación de cataratas no puedo soportar la luz del día. ¿Qué dice?

—Upton. Y una inicial. Creo que es una R.

Keith asintió.

—Sí, eso es. R. Upton.

Waverly silbó de nuevo con sorpresa y Keith se volvió hacia él rápidamente.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—*El Modelo de Pickman* —susurró Waverly—. En la historia el nombre completo del artista era Richard Upton Pickman.

Más tarde, mucho más tarde, los dos hombres tomaban café sentados en la cocina de Keith. Soplaban el viento de Santa Ana, el viento de las montañas, batiendo los postigos de las ventanas. Pero ni Keith ni Waverly advertían el ruido. El silencio, cuando se está pensando, puede ser más molesto que cualquier ruido.

—No saquemos una conclusión precipitada —dijo Keith—. Consideremos las distintas posibilidades.

—¿Qué posibilidades?

—Coincidencia, por ejemplo. Upton es un nombre corriente. Y no sabemos si la inicial significa Richard... Podría ser Roy, Roger, Raymond, Robert, Ralph o cualquier otro entre docenas de nombres. Todo lo que tenemos es «R. Upton» y eso sólo no prueba nada.

—Estás olvidando una cosa —murmuró Waverly—. El nombre solo puede que no sea una prueba decisiva, pero ocurre que está escrito en una pintura, justamente la pintura que Lovecraft describió. Y esa coincidencia no puede ser casual.

—Entonces es una broma. Algún artista leyó la historia y quiso divertirse.

Waverly movió la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no se ajustó al relato firmando «Richard Upton Pickman»?

—Has dado en el clavo —dijo Keith con el ceño fruncido—. Y piensa en ello, la pintura está hecha con demasiada destreza para haber sido realizada únicamente con la intención de bromear. Si no fuera por el tema que representa, se podría decir que está hecha con sumo cariño y sensibilidad.

—El tema que representa es extraordinario —dijo Waverly—. Es una obra maestra.

—Entonces sólo hay una respuesta. Es el homenaje de un artista, un sincero tributo inspirado en la historia de Lovecraft.

—Supón que fue al revés —observó Waverly hablando despacio y suavemente—. Supón que Lovecraft se inspiró en la pintura para escribir su novela.

Keith hizo una mueca.

—Estás dejando correr demasiado la imaginación. De todas formas no importa, porque nunca sabremos...

—No estés tan seguro —dijo Waverly tirándose de la barba pensativamente—. ¿No mencionaste algo de que el comerciante tenía otras cosas de ese lote que compró?

—Sí, pero no había más pinturas. Sólo algunas cajas de libros y cartas que aún no había examinado.

—Bueno, entonces quisiera examinarlas yo mismo.

Los ojos de Waverly destelleaban tras las gafas oscuras.

—Supón que esas cosas fueran propiedad del artista. Quizá encontremos una pista, algo que pueda darnos la respuesta. ¿Por qué no llamas a ese tipo y le preguntas si podemos revisar el material?

—¿A esta hora? —dijo Keith poniendo la taza de café sobre la mesa—. Es medianoche pasada.

—Mañana, entonces —dijo Waverly levantándose—. Tengo que ir a Long Beach, pero estaré de vuelta antes de

que anochezca. Podemos encontrarnos para cenar e ir a verlo después. Arregla una cita para mañana noche.

—Lo intentaré. Pero no creo que quiera tener abierto hasta tan tarde.

—Le pagaste quinientos dólares por un cuadro, ¿recuerdas?

Waverly esbozó una sonrisa bajo la barba.

—Estará esperándonos con los brazos abiertos.

Al día siguiente, por la tarde, el viento de Santa Ana todavía soplaba fuerte, golpeando el parabrisas del Volvo, mientras Keith conducía por la autopista en dirección a Alvarado.

A su lado iba Waverly mirando por la ventana. Cuando el coche giró en dirección al sur, advirtió que el viento había barrido de las calles a la gente que habitualmente paseaba por allí. Había pocas figuras en las aceras y, sorprendentemente, poco tráfico para esa hora de la noche. Las tiendas estaban cerradas, quedando South Alvarado oscuro y desierto.

Cuando el coche de Keith se detuvo frente a la tienda de Santiago, el lugar también se encontraba a oscuras.

—No veo que esté esperándonos con los brazos abiertos —murmuró Keith.

Waverly se encogió de hombros.

—Cuando hablaste con él, te dijo que estaría aquí a las nueve. Probablemente hay alguna avería eléctrica.

Los dos hombres bajaron del coche y fueron hasta la puerta, y la hallaron cerrada. Dentro del escaparate descansaba un gran cartel sobre el vidrio. Su mensaje era claramente visible: CERRADO - VISITENOS EN OTRA OCASION.

Keith frunció el ceño irritado.

—Bueno, se ha retrasado un poco —dijo Waverly—. Esperemos unos minutos.

En la calle había basura esparcida que se arremolinaba con el viento, bailando al ritmo de su gemido.

—No me gusta esto —dijo Keith—. Ha estado soplando durante tres días.

—Es normal en esta época del año.

La suave voz de Keith era tan inexpresiva como su rostro.

—Relájate.

—Me destroza los nervios.

Keith paseaba inquieto de arriba a abajo, ante la puerta de la tienda.

—Apenas me ha dejado dormir en toda la noche. Vivir allí arriba, en las montañas, es enervante. Cada vez que golpea el postigo de una ventana me da un sobresalto. Y no me puedo sacar de la cabeza esa pintura, esa forma en que mira la criatura y se inclina hacia delante, como si estuviera a punto de saltar del cuadro y agarrarme por la garganta.

—¿No fue esa la razón por la que la compraste? Creía que te gustaban ese tipo de cosas.

—Y me gustan. Pero esto es diferente. Hay algo que hace que parezca... real.

—Por Dios, Eliot, *era un retrato del natural*.

—¿Qué?

Waverly rió entre dientes.

—Solamente citaba la última línea de *El Modelo de Pickman*. Deberías leer la historia. De hecho, deberías leer toda la obra de Lovecraft. Y leer sobre él también. Recuérdame que te preste alguno de sus libros.

—No estoy seguro de querer que lo hagas.

—Vamos, hombre... ¿Dónde está tu curiosidad intelectual? ¿La has dejado en el callejón?

—No me gustan los callejones. Y menos con el viento de Santa Ana soplando de esta forma y un monstruo esperándome al final —dijo Keith sonriendo tímidamente—. No me hagas caso, estoy nervioso.

Se detuvo y miró su reloj.

—¿Dónde demonios está Santiago? Son casi las nueve y media.

Cuando Keith se volvió para examinar la desierta calle, Waverly fue de nuevo hasta la puerta de la tienda.

—Espera un momento.

Keith levantó la mirada.

—Quizá esté dentro —dijo Waverly tratando de ver a través de los cristales—. La puerta del fondo del pasillo... Debe conducir al cuarto trasero. Mira, se ve luz por debajo.

—Claro, debe haber entrado por la puerta trasera.

Waverly sacudió el tirador de la puerta, después golpeó el cristal, pero no hubo respuesta.

—No nos oye —dijo—. Vayamos por detrás.

Keith lo miró irónicamente.

—Acabo de decirte que no me gustan los callejones.

Waverly se rió de nuevo, ruidosamente.

—Bueno, no habrá ningún monstruo esperándote. Eso te lo garantizo. Vamos.

Le indicó el estrecho pasadizo junto a la pared del edificio y se adentró en él. Keith, en las sombras, caminaba torpemente detrás. En la intensa oscuridad siguió a Waverly, de mala gana, hasta llegar al final del callejón.

Efectivamente, allí había una puerta trasera y un haz de luz se filtraba por debajo. En el callejón había aparcada una vieja camioneta, que alguna vez debió haber sido blanca, con la inscripción en la puerta: *F. Santiago - Antigüedades*.

—¿Qué te dije? —señaló Waverly—. Aquí está su coche. Y no hay monstruos a la vista.

Caminaron hasta la maciza puerta de madera y el eco de su llamada retumbó en todo el callejón, apagándose después con el gemido del viento.

Levantó de nuevo la mano para llamar y entonces se detuvo.

—No está cerrada —dijo Waverly girando el picaporte.

Y la puerta se abrió, oscilante.

Keith entró.

—¿Señor Santiago?

Al ver la luz se volvió hacia Waverly frunciendo el entrecejo.

—¡Mira!

El cuarto trasero de la tienda estaba vacío. Sin embargo, la desnuda bombilla del techo estaba encendida, por lo que dedujeron que alguien había estado allí recientemente. La silla volcada; los cajones del escritorio tirados en el suelo, su contenido formando montañas de papel arrugado; el archivo apoyado contra la pared, saqueado; en el rincón una confusión de cajas vacías... Todo estaba silencioso, pero con muestras inequívocas de registro y robo.

—Han entrado a robar —murmuró Waverly.

—¿Pero dónde está Santiago?

Mientras Waverly hablaba, Keith empezó a cruzar la habitación, dirigiéndose a la puerta cerrada que comunicaba con la parte delantera de la tienda. Antes de llegar encontró otra pequeña puerta a su derecha. Estaba ligeramente entornada, y Keith titubeó al colocar la mano en el picaporte.

—Espera.

Waverly, a su lado, le hizo un gesto indicándole que tuviera cuidado. Keith advirtió que había tomado un viejo abrecartas de metal de la basura esparcida por el suelo, y lo empuñaba como si fuera un arma.

—Déjame ir delante —dijo Waverly.

Empujó la puerta y ésta se abrió.

Entonces se quedó sin habla.

Keith, desde atrás, intentaba ver en el interior del minúsculo baño. No había luz, pero la ventana del fondo estaba abierta.

Y, cautelosamente, se inclinó en el umbral de la puerta, reconociendo la silueta de Santiago.

Ignorando a Waverly, entró en la habitación y tocó el hombro de Santiago. El cuerpo cayó de costado sobre el